

# Presentación<sup>1</sup>

“Sí, yo odio las conferencias”. Que nadie se sobresalte; no son palabras mías, sino de Dámaso Alonso, que en un texto bastante olvidado recogido en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas (Notas y artículos a través de 350 años de letras españolas)* (1962), revela que odiaba las conferencias:

“Sí, yo odio las conferencias. No sé qué odio más: si darlas o si oírlas. Pero amistad y agradecimiento todos los días me obligan a ser público; y la penuria habitual en el escritor o absurdos, insensatos deseos de viaje me hacen con frecuencia ser conferenciante yo mismo.”

Y, sobre todo, esa amistad y ese agradecimiento de que habla Dámaso Alonso me han traído hoy aquí, cumpliendo un deseo de Rafael Cabrera y mío propio desde hace ya tiempo enunciado. Hoy me toca hablar a mí, y confieso que no odio —ni creo que llegue a hacerlo nunca— compartir con otras personas la literatura y los toros, y espero que a quienes hoy les toca oírlo —y ojalá escucharla—, no acaben odiando las conferencias al término de la presente. Gracias, pues, al Aula de Tauromaquia del CEU por tan generosa invitación.

Atendiendo los consejos de Baltasar Gracián y de Cervantes seré breve ya que, para este último, no hay razonamiento que, aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca. A veces, una pequeña cantidad hace que en lugar de comer, se deguste; que en vez de beber, se cate; que en lugar de coger, se escoja, y que en

<sup>1</sup> Esta conferencia es muestra mínima de una afición compartida con mi tío Jaime desde niño y alimentada por amigos como Tirso Yuste o la familia Benayas Huertas. Junto a José Luis Ramón he aprendido, de toros y de literatura, en los mejores tendidos y en las mejores aulas. Quede constancia de mi profunda gratitud a todos ellos.